

Experiencias de mi estadía en Salamanca

Dra. Gabriela Ríos González

Cuando terminé mis estudios de maestría en Lingüística en 1998, sentía la necesidad de continuar con el aprendizaje en el nivel de doctorado. Los profesores de la Escuela me aseguraban que ya casi estaba listo el plan del estudio para impartirlo aquí, en la Universidad de Costa Rica.

Para el año 2004 y cansada de esperar que se decidieran a abrir el doctorado en nuestra Facultad, se me ocurrió hacer una búsqueda rápida en Internet, como simple curiosidad.

La primera página que se me abrió, tenía todas las Universidades españolas y un link para cada una de ellas; así que, sin ninguna lógica, hice un recorrido rápido y un “click” en donde se detuvo el “mouse”. Esa página que se me abrió fue la de la Universidad de Salamanca. Busqué los doctorados en el área de la Lingüística y mis ojos se posaron en una en especial, el doctorado en “Análisis del discurso y sus aplicaciones”; sin más preámbulo entré a la página y leí lo que allí se presentaba. Mi interés por este doctorado creció en gran medida; así que me decidí escribirle al contacto que aparecía. El señor Dr. Julio Borrego contestó todas mis dudas casi de inmediato; en una de esas ocasiones, le consulté la posibilidad de becas y me envió una lista de unas 10. De la misma manera que había escogido la Universidad, decidí enviar mis documentos a la que, por el nombre, me llamó más la atención: “100 Becas Santander para estudiantes Latinoamericanos”.

Esta beca pedía como requisito enviar dos cartas de profesores de la Universidad de Salamanca, así que, con toda sinceridad, le escribí al Dr. Borrego y le expliqué que no conocía absolutamente a nadie en Salamanca y que allí tampoco me conocían a mí. Él, muy amable y diplomático, me dijo que le enviara mi curriculum y él vería si me podía hacer la carta. Lo preparé y se lo hice llegar; casi inmediatamente me contestó con una gran sorpresa y admiración, preguntándome si yo era Gaby Ríos la de ALFAL (Asociación de

Lingüistas y Filólogos de América Latina)¹, le contesté que sí, y entonces, no solo me hizo una carta de lujo, sino que también le pidió a otro profesor me hiciera la otra.

Una vez que envié los documentos a las Becas Santander, debía esperar algunos meses para conocer el resultado. Así que por ese tiempo tuve sentimientos encontrados, por un lado sentía temor, pero me daba mucha ilusión que me fuera concedida la beca, también pensaba que mi familia me iba a acompañar, pero me entraban muchas dudas por los estudios de mis hijos. La mayor estaba, en ese momento, en el colegio; y mi hijo, en la escuela. Si se iban conmigo debían repetir un año. ¿Qué hacer? ¿Debía sacrificar los estudios de mis hijos por mis estudios? Mi esposo me tranquilizaba diciéndome que esperara a ver si me daban la beca para preocuparme por eso.

Para la fecha que tenía programada la publicación de la beca, ingresé a la página con manos temblorosas y sudadas. De inmediato me percaté que estaba dispuesto por países, eran 100 becas para estudiar en Salamanca. Argentina, Brasil y Colombia tenían gran cantidad de personas, y cuando veo Costa Rica ... mi nombre estaba ahí, era el único². No lo podía creer, me sentí muy emocionada por haber logrado obtener esa beca en la que participaban todos los países de América Latina. Pero de nuevo, toda la angustia y el temor volvieron a surgir.

Una vez que hablé con mi esposo, llegamos a la conclusión que era mejor para la familia que yo me fuera sola.

Después empezaron los trámites en la Oficina de Asuntos Internacional, ahí mi primer contacto fue Yamileth, una persona increíble, con un gran carisma de servicio. Me guió en todo el proceso y en poco tiempo tenía todos los documentos listos. De todo este proceso, el más engorroso fue con la Embajada de España, quienes piden los documentos en “cuenta gotas” y que tenían un letrado que decía: “No tenemos para dar vuelto, si no trae el dinero completo, no se le devuelve el resto”. Me pareció una locura, pero una vez en España, me di cuenta que los burócratas todos son iguales.

¹ Pertenezco a la ALFAL desde 1998 y me correspondió organizar un congreso de la Asociación en el 2001, en la Universidad de Costa Rica. En la actualidad soy la Delegada por Centroamérica. La Asociación cuenta con Filólogos y Lingüistas de todo el mundo, aunque se llame de América Latina.

² Sabía que otros costarricenses estaban participando en esa misma beca. Nunca le habían dado una beca a Costa Rica porque decían que aquí no hay Banco Santander.

Llegó el momento de partir, cometí el error de decirle a mi esposo y a mis hijos que me fueran a dejar al aeropuerto; todo el camino lloramos los cuatro, hasta tenía miedo que mi esposo tuviera un accidente por ir llorando. Fue sencillamente horrible. Entré llorando al aeropuerto y ellos se fueron llorando para la casa. Una vez adentro me hice la valiente, pero mi corazón estaba totalmente destrozado. Antes de que saliera el avión los llamé a la casa y todos seguían llorando allá. Les aseguré que apenas llegara pondría la computadora y hablaríamos por skype.

En el avión iba un muchacho sentado a la par mía y todo el camino me habló, así que eso me sirvió para pensar en otra cosa. Una vez que llegué a Madrid, primera vez en ese país, debía tomar un taxi para ir a la estación de los buses de Salamanca. Ya en el autobús empezó a nevar, experiencia nueva para mí. Iba entretenida viendo el paisaje y la nieve. Pero tres horas después, cuando llegué a Salamanca, ¿para donde tenía que ir?, no sabía donde quedaban las residencias, pregunté y no me supieron decir. Sabía que estaba cerca de la estación, así que me puse a caminar, bajo la nieve. Después de un rato, encontré el lugar. Me llevaron a una habitación, pequeña pero cómoda, con baño incluido y una cocina compartida con la persona que estaba en la habitación de la par. Puse todas las cosas en la cama y corrí a sacar la computadora para comunicarme con mi familia, pero cuál fue mi sorpresa que el tomacorriente no era igual que en Costa Rica (nadie me explicó esto), no podía conectar la computadora, no podía comunicarme con mi familia. Así que lloré y lloré. Bajé a la recepción y pregunté cómo conectar la computadora, me dijeron que debía esperar hasta el día siguiente, que abrieran las tiendas, para poder comprar un convertidor. Mientras tanto me dijeron que podía usar la sala de cómputo. Ahí me conecté, pero no tenían skype, sólo podía “chatear”. Mientras escribía estaba desconsolada y me preguntaba si ese sufrimiento valía la pena. (Aún hoy mientras escribo, me produce muchas ganas de llorar).

Mi esposo, quien siempre me ha apoyado, me dijo que no me devolviera que tenía que soportar. Qué ellos iban a estar bien. Bueno, para no cansarlos mucho, les cuento que lloré todos los días mientras estuve allá; algunos más que otros, pero todos los días lloré. Más adelante, mientras redactaba la tesis, me daba mi tiempo para llorar y luego me limpiaba las lágrimas y me decía a

mí misma: “mejor trabaje para que se vaya rápido de aquí”. Es increíble, muchas veces quise un abrazo y no tenía a quien pedirselo.

En España, nunca me sentí como en Costa Rica, los españoles tienen un carácter grosero, yo no entendía el modo de ellos y ellos nunca entendieron el mío. Pensaban que ser cortés es ser hipócrita. Recuerdo una vez que le dije a mi profesora que yo le ayudaba con su proyecto de investigación, porque eso me iba a servir de práctica para mi tesis (era con la misma metodología de mi tesis doctoral). Ella no podía creer que alguien hiciera algo sin cobrarle, que yo me hubiera ofrecido a ayudarla. Claro, después entendí por qué pensaba eso. En las oficinas públicas, incluyendo la Universidad, si un funcionario se encargaba de poner un sello y ese día no llegaba, nadie le ponía el sello hasta que esa persona llegara. Nadie le contesta el teléfono al otro. Nadie atiende al público si el encargado no llega, etc. Gracias a Dios, los ticos somos diferentes. Y aquí, en nuestra querida Universidad, colaboramos con el compañero, aunque no sea nuestro trabajo.

En cuanto a las clases, hay algo que me llamó muchísimo la atención. Aquí en Costa Rica, solemos propiciar que los estudiantes hablen y participen en clase, que sea dinámico, de hecho uno aprende mucho con las preguntas de los estudiantes. Pues allá, nadie pregunta nada, los profesores dan cátedras en las que son ellos los únicos que hablan. Como yo no soy así, el primer día de clases, interrumpía al profesor con preguntas o comentarios; en el recreo les reclamé a los demás compañeros la participación nula por parte de ellos. Los compañeros latinos me dieron la razón, pero los españoles se asustaron de pensar interrumpir al profesor. No hice caso, y después del recreo seguí preguntando y comentando. Claro, el pobre profesor estaba totalmente desubicado, nunca había tenido una estudiante tan cuestionadora como yo. En las clases siguientes, los compañeros latinos empezaron a hablar, así que la angustia del profesor se notaba aún más. Luego, nos dimos cuenta que él, como había sido el primero, advirtió al resto de profesores de cómo éramos. El resto de los profesores, el primer día de clases, nos decían que si queríamos preguntar y hablar estaba bien, que allá no se acostumbraba pero que en el caso de nosotros iban a hacer una excepción. El problema para ellos es que no tenían opción, yo, por lo menos, iba a seguir preguntando y comentando.

El doctorado Análisis del discurso y sus aplicaciones tenía estudiantes de muchas nacionalidades diferentes: Brasil, Colombia, México, Estados Unidos, Cuba, Italia, Japón, Grecia, Costa Rica (un estudiante de cada uno ellos) y cuatro españoles. Esta diversidad, nos permitió enriquecernos con situaciones comunicativas diferentes en un doctorado en el que su finalidad era el discurso. En este sentido, valió la pena motivarlos a participar en clase a todos; en los últimos cursos, hasta los españoles se atrevieron a hablar.

Una vez concluida la docencia, y ya habiendo hablado con quien fue mi profesora tutora, tenía claro qué iba a hacer de tesis doctoral. Así que regresé a mi querida Costa Rica para recoger la muestra por todo el país. Esto me llevó como tres meses. Tres meses dichosos que pasé con mi familia. Pero una vez que tenía que volver a partir, empezamos de nuevo a llorar. Mi hijo estaba tan resentido conmigo que decía que yo no lo quería. De nuevo, toda la angustia, pero esta vez no permití que los chicos me fueran a dejar al aeropuerto, sólo fue mi esposo. Así que la despedida, aunque dura, no fue tan terrible como la primera.

De vuelta a Salamanca, con todo el material recogido, debía empezar a procesar toda la información. Yo iba a hacer tesina primero, y no trabajos tutelados como todos los demás compañeros. Mi profesora me recomendó que mejor lo hiciera así, aunque me pregunté mucho tiempo por qué yo debía hacer algo que duraba más, mientras mis compañeros en cuestión de meses ya tenían la Suficiencia Investigadora; después le di las gracias. En la tesina, cometí algunos “errores” que para ellos eran imperdonables, como redactar con “se” impersonal. Debía redactar en primera persona plural. (Esto tampoco nunca nadie me lo explicó). Que no había utilizado muchos pies de página, situación que para ellos dice que es un trabajo de calidad. En definitiva, el haber elaborado la tesina, me ayudó a corregir estas situaciones para la tesis doctoral con resultados muy favorecedores para mí.

La tesis doctoral fue toda una gran experiencia, aquí en Costa Rica, estamos acostumbrados a redactar una tesis de maestría en un año; según yo, iba a redactar la tesis doctoral en un año también. Pero no depende de uno, depende más del profesor tutor. Es él quien lleva el ritmo, quien dice en qué momento está lista y, generalmente, son muy parsimoniosos. Así que tuve que

ir al ritmo de mi profesora y no del mío. Después de hacer la tesis doctoral, les puedo asegurar que tengo una gran paciencia.

Mi profesora, aunque en algunos momentos me sacó de quicio, por su lentitud, le agradezco muchísimo y se lo hice saber, porque realmente me enseñó la perfección en una investigación. No solo en la calidad de datos y el procesamiento; sino también en la versión final del trabajo. No puede ir un espacio de más, los números que remiten a notas a pie nunca pueden quedar en cursiva, etc. Gracias a todas estas exigencias, me hice merecedora de sobresaliente cum laude, me publicaron la tesis y estoy concursando para un premio extraordinario.

Así que superada esta dura prueba de valentía, perseverancia, paciencia y mucho sacrificio, creo que valió la pena obtener mi título de doctora. Cuando me firmo lo hago con muchísimo orgullo porque me costó mucho.

Aunque no tengo puesto en propiedad como docente, porque me fui como administrativa y volví como administrativa, siempre doy por lo menos un cuarto de tiempo de clases. Ahora procuro explicarles a mis estudiantes esas cosas que ningún profesor me explicó a mí: Aquí redactamos de una manera, pero en otras latitudes se redacta diferente, les enseño a hacer pies de página, hecho que, a pesar de ser de la carrera de Filología, nunca me enseñaron a hacerlos porque me aseguraban estaba desactualizado y me lo creía. Si sé que alguien va para Europa les cuento sobre los tomacorrientes, las personas, y las costumbres (que cierran todo 3 horas en la hora de almuerzo, incluso los supermercados; que en verano los bancos están abiertos de 10 a 2; que si quiere comprar algo los fines de semana busque tiendas de chinos, porque todo el español está cerrado; etc.).

La perfección que me enseñó mi profesora la utilizo ahora en todas mis investigaciones (el tiempo completo estoy dedicada a investigar en el INIL)

Mi más sentido agradecimiento a Asuntos Internacionales por haber ayudado a que el sueño de ser doctora se me hiciera realidad. La única recomendación que podría hacerle a la Oficina es que le cuente mi experiencia a todos aquellos que se quieran o se deban ir sin su familia, que sepan lo duro que será. Creo que obtener el doctorado en esta situación es mucho más difícil que aquél que se va con su familia.